

LOS NOMBRES DE 'HOMBRE AFECTADO EN EL USO DE LAS MODAS' EN EL SIGLO XIX¹

RADANA ŠTRBÁKOVÁ
Universidad de Granada

Introducción

La comunicación presenta los primeros resultados del estudio diacrónico de las diferentes denominaciones que se han dado a un tipo social de clase media y alta, hombre joven que sigue con rigor los dictados de la moda.

El espacio cronológico que vamos a analizar abarca todo el siglo XIX, aunque se va a prestar una atención especial a la primera mitad, más interesante desde el punto de vista lingüístico.

Estos términos proliferan a finales del siglo XVIII y sobre todo en el XIX; hasta ahora hemos registrado nada menos que catorce: *pisaverde*, *petimetre*, *currutaco*, *lechuguino*, *dandy*, *fashionable*, *flamante*, *gomoso*, *curioso*, *original*, *tónico*, *cocodés*, *lion* y *paquete*. Además, siguen utilizándose *lindo*, *majo* y *curro*, semánticamente emparentados con los anteriores. Se puede hablar, por lo tanto, de una «dinastía terminológica» (Lapesa 1996: 144). Generalmente, los términos para designar al hombre elegante son más numerosos que los que designan a las mujeres, ya lo observó el lingüista francés Greimas (*apud* Matoré 1953: 119).

Sin embargo, nos centraremos en el análisis de las voces que obtuvieron mayor grado de generalización, es decir, las primeras cinco de las arriba mencionadas, y no profundizaremos en el caso de otras, más efímeras.

En la primera parte se ofrecen algunas consideraciones generales sobre nuestro objeto de estudio. En la segunda damos a conocer las denominaciones que hemos registrado en los documentos. Intentaremos averiguar de qué mecanismos de creación léxica se sirve el español para ofrecer nombres a estos conceptos y qué fenómenos del cambio léxico-semántico se pueden observar. Además, damos cuenta de las primeras documentaciones escritas que no habían sido registradas en el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (DCELC), o adelantamos las existentes². Por último, tratamos de establecer unas conclusiones a partir de los datos obtenidos.

⁷³⁸ La investigación ha sido realizada gracias a la beca concedida por el MAEC-AECI.

⁷³⁹ Es sabido que, en los diccionarios etimológicos, cuando el objeto de consulta es un vocablo de los siglos XVIII-XX, la información es muchas veces lexicográfica y no textual.

1. Consideraciones generales

1.1. Objeto de estudio

Este trabajo se enmarca dentro del área de estudio del léxico de la vida social en España, que presenta todavía considerables lagunas³. A pesar de que el vocabulario de la moda, y también la noción de *dandy*, es uno de los temas prioritarios que Matoré (1953: 95), ya en 1953, propone para las tesis doctorales dedicadas a la lexicología, no contamos hasta el momento con la existencia de un estudio particular en torno a este tema, solamente con algunos trabajos parciales y aproximaciones desde otros campos de estudio⁴ (Álvarez de Miranda 2004: 1047).

Antes, el traje era uno de los signos esenciales de la jerarquía social, indicaba pertenencia a un grupo social o étnico. Hasta el siglo XIX, la manera de vestir estaba regulada por el poder público: «La nobleza, y después, la burguesía y el clero, siempre ha velado por que el pueblo llano [...] no pueda utilizar ropa de calidad, color y forma que induzca a confusión de clases o estamento social» (Mondéjar 1998: 49).

Hoy día la correspondencia entre el traje y el estatus no se produce obligatoriamente y los orígenes del cambio remontan precisamente al siglo XIX cuando desaparece la antigua estructura social para dejar lugar a otra, basada en los factores económicos.

Los nuevos usos vestimentarios obedecen a la construcción de la identidad social de la burguesía ascendente. El cambio se inicia ya a finales de la centuria anterior: un autor habla de un muchacho provinciano de clase media, al que se veía (antes de asistir a las conversaciones en la capital) «sin pasar con su modo de vestir los términos de su estado» y ahora se gasta el dinero «en vanidades del vestido» y «no mira con gusto a las personas ordinariamnete vestidas»⁵.

Otro concepto que surge en el siglo antepasado es el de la originalidad, muy vinculado al individualismo, una de las nociones emblemáticas del movimiento romántico. Como ya se ha visto, en el pasado la vestimenta y los adornos no reflejaban la personalidad del que los llevaba, sobre todo si pertenecía a determinados grupos sociales. En cambio, el siglo XIX vio nacer tipos como el *dandi* que con su forma de vestir pretendía distinguirse de los demás, y reflejar su personalidad única y original en oposición al gusto burgués.

³ Un trabajo importante de esta índole es, sin embargo, el de Lapesa (1996).

⁴ Por ejemplo Montoya y Wiedeman (1998), Montoya (2002).

⁵ Quijano, 1784, *Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo, excesos y perjuicios de las conversaciones del día, llamadas por otro nombre, cortejos: descubiertos, demostrados y confutados en seis conversaciones entre un eclesiástico y una dama distinguida*, apud Martín (1981: 83-84).

En la época, la tendencia de imitar la moda de París es evidente, no obstante, más tarde el traje inglés será aceptado como norma.

En este contexto nacen los tipos sociales a los que se refieren las denominaciones que vamos a analizar. Antes de adentrarnos en el propio análisis lingüístico, conviene aclarar algunos aspectos acerca de estos personajes. El joven elegante, presumido y afectado en el uso de las modas se sitúa, en principio, entre los tipos sociales de la clase alta, tales como el *señorito*, «educado para el ocio, frívolo y espadachín», el hombre *de mundo*, «elegante sin prejuicios, seductor de mujeres y dado al juego», y otros (Lapesa 1996: 143).

Lechuguino, *currutaco*, etc. serían, en cambio, las versiones irónicas de los elegantes: los jóvenes de clase media vuelven sus ojos hacia algunos aristócratas (la libertad que exhiben, su éxito con las mujeres) e intentan imitarlos. Por ello se convierten en el blanco de numerosas sátiras y parodias⁶.

Los *petimetres* han sido muy bien estudiados por Carmen Martín Gaité (1981: 72-88), quien explica uno de los motivos de su aparición: el gobierno de Carlos III favorece los viajes de estudios al extranjero, lo que se convierte en práctica común en las familias adineradas. Al regresar, los jóvenes difundirán las modas extranjeras no solamente en vestimenta, sino también en actitudes y lenguaje, aunque se trata más bien de una degeneración caricaturesca de estas modas.

Mesonero Romanos ofrece en sus obras un testimonio muy valioso sobre la vida de los elegantes de la época, y así describe al *lechuguino*:

Éste era un tipo inocente del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de pisaverdes, currutacos, petimetres, elegantes, y tónicos. Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el Prado y la sociedad. Su cuerpo estaba a las órdenes del sastre, su alma en la forma del talle o en el lazo del corbatín. ¡Qué le importaban a él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba a poner la moda de los carriks a la inglesa o de las botas a la bombé! ¡Cuando se veía interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac o sobre los pliegues del pantalón!⁷

El *dandy* y el *fashionable* se diferencian de los anteriores por su pertenencia a la clase alta. Su rasgo esencial es la anglomanía, es decir la imitación de la forma de vida inglesa como tal. Su máxima aspiración es destacar por el aspecto excéntrico y el trato altivo. Más tarde, Ortega y Gasset analizaría la esencia del *dandysmo* que iba mucho más allá de la preocupación por la forma de vestir: cierta rebeldía, espíritu romántico y enfrentamiento con la moral burguesa caracterizaba a estos hombres: «El gesto del dandy no es nunca el que corresponde a su realidad

⁶ Entre otras, las que recoge S. de Miñano, (ed.), *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional* (1820-1823), CORDE.

⁷ Mesonero Romanos, 1842-1851, *Escenas y tipos matritenses*, CORDE.

interior. Todo lo contrario [...] Sólo nos revela que, tras él, un ser humano vive por su propia cuenta, según principios y normas individuales»⁸.

1.2. Fuentes documentales

Una ventaja de estudiar el léxico en los períodos convulsos consiste en la abundancia de fuentes documentales. Además de diferentes obras de circunstancia, es precisamente en este período cuando aparecen las primeras revistas dedicadas a la moda, que pronto se convierten en un fenómeno social. La prensa y también los manuales de etiqueta dedicados especialmente a los lectores masculinos contribuyen, a su vez, a la rápida difusión del nuevo vocabulario.

Por lo que respecta a las fuentes documentales de nuestro trabajo, hemos optado por analizar, en primer lugar, los diccionarios burlescos de la primera mitad del siglo XIX⁹. *El Diccionario de los flamantes* parodia precisamente al grupo social que nos interesa: su autor define las voces «imprescindibles» para los jóvenes elegantes de la época.

Además, hemos aprovechado documentos de otra índole: algunas revistas de moda, manuales de etiqueta, novelas realistas y costumbristas de la época, y sobre todo los documentos del *Corpus diacrónico del español* de la Real Academia Española (CORDE).

En cuanto al registro lexicográfico, acudimos primero a las ediciones del *Diccionario de la lengua castellana de la Real Academia Española* que corresponden al período estudiado: las del 1803, 1817, 1822, 1832, 1837, 1843, 1852, y luego la de 1884. Un importante punto de referencia es el *Diccionario Nacional* de R. J. Domínguez. Este autor, muy crítico con la Academia, consiguió adelantarse a ella en el registro de algunas voces.

2. Análisis lingüístico

Cocodés, s. m.

Esta voz no está registrada en ningún diccionario de la época (ni tampoco en los modernos). Hemos encontrado tan sólo dos ejemplos, uno de ellos de J. Valera: «don Luis se dejó llevar a la sala donde estaba la flor y nata de los elegantes, *dandies* y *cocodés*»¹⁰.

⁸ Ortega y Gasset, *Artículos* (1917-1933), CORDE.

⁹ Se trata de un subgénero lexicográfico cultivado en la primera mitad del siglo XIX que sirve para expresar las ideas políticas y sociales de su autor. Véase el estudio de Álvarez de Miranda (1984).

¹⁰ Valera, 1874, *Pepita Jiménez*. Madrid: Cátedra.

Se trata de un galicismo y viene de *cocodès*, término peyorativo que significa «dandy parisien ridicule de la fin du dix-neuvième siècle, aux manières et à la toilette excentrique», en francés documentado desde 1845 (TLF). Resulta de un cruce de *coco* 'individuo', en el sentido despectivo, con las ideas de pequeñez y presunción que se atribuyen a sus derivados.

Currutaco, -a, s. m y f.

En la edición del *DRAE* de 1791 no aparece, pero sí en la siguiente (1803), como adjetivo y sustantivo aplicado al que es 'muy afectado en el uso riguroso de las modas'. Según el DN significa «lechuguino, elegante, petimetre, vestido según moda» y se usa en ambos géneros.

La voz resulta, según Corominas, de un cruce de *curro*¹¹ con retaco 'rechoncho'. La coincidencia entre las ideas de 'elegancia afectada' y 'baja estatura' será frecuente en este tipo de formaciones¹².

El primer ejemplo de su uso parece ser la misma obra de Zamácola del año 1796: *Elementos de la ciencia contradanzaria para que los currutacos, pirracas y madamitas de nuevo cuño puedan aprender por principios a bailar las contradanzas por sí solos o con las sillas de su casa*¹³, donde se emplea como sustantivo y también adjetivo. El primer caso documentado en las bases del *CORDE* es del año 1797¹⁴. Dos años más tarde, López (1799: 5) explica quiénes son los *currutacos*:

[...] su nombre se hará famoso entre los Majos y Majas, ¿pero qué majos y majas? Entre la mas fina juventud; entre la gente de rechupete; entre los Petimetres y Petimetros; entre Narcisos y Deidades; entre la espuma, la flor y la nata de los Españoles, que todo esto se da á entender quando se dice entre Currutacos y Currutacas.

En cuanto a la variante femenina, *currutaca*, el único ejemplo encontrado, aparte de los de la obra que acabamos de citar, es «Adiós, currutaca», al final de la carta escrita por L. Fernández de Moratín a una pariente suya¹⁵, tal vez como apelativo cariñoso.

Dandi, s. m.

Los diccionarios de la primera mitad del siglo XIX omiten esta voz, aunque ya había entrado en la lengua española. El hecho de que Baralt la censure en su

¹¹ *Curro*, por su parte, como adjetivo significaba «majo, campechano, lindo, bonito, gracioso», y como sustantivo «majo que viste con elegancia con traje andaluz» (DN). Corominas indica que es voz popular de origen incierto, parece significar 'andaluz' y venir del nombre propio de persona Curro, hipocorístico de Francisco, frecuente en Andalucía. Afirma también que pasó al catalán de Mallorca como 'aseado', 'petimetre', 'ostentoso, galán', etc. (DCELC).

¹² Ver entradas *cocodès* y *petimetre*.

¹³ Madrid: Imprenta Fermín Villapando, 18, en Martín 1981: 84-85.

¹⁴ Blas de Laserna, 1797, *Las damas del nuevo cuño*. Tonadilla a solo [Tonadillas teatrales inéditas.], *CORDE*.

¹⁵ Fernández de Moratín, L., *Cartas de 1825* [Epistolario], *CORDE*.

Diccionario de galicismos lo confirma: «Donde quiera que aparezca este vocablo anglo-francés, póngase nota que explique á la generalidad del pueblo español como el tal significa lindo, lechuguino, pisaverde».

El primer ejemplo encontrado en las fuentes utilizadas es de 1837: «el célebre Dandy poseía principios del arte de ataviarse que le adquirieron justamente la reputacion que gozaba»¹⁶. Al estar escrita en mayúscula la palabra, se refiere sin duda al famoso Brummell¹⁷.

Fernán Caballero introduce en 1849 la palabra *dandy* por primera vez en una obra literaria: «No daremos cuartel a las esbeltas, a las notabilidades ni a los dandys, perversos intrusos, parásitos venenosos y peligrosos emisarios de la Revolución»¹⁸. En otra obra hace una observación acerca de la introducción del nuevo vocablo: «Y entre tanto, examinando la persona de Pablo, que vestido de traje de ciudad no tenía el aire de un petimetre de los modernamente designados con la palabra inglesa dandy [...]»¹⁹.

Por lo que respecta a su origen, se trata de un anglicismo que pasó al español por conducto del francés. En la Inglaterra del principio del siglo XIX era 'joven de clase alta que imponía las modas'. De allí pasó al francés (1813-14 *daindy*, 1817 *dandy*), donde en la época romántica era 'elegante que sigue con rigor las modas', y por extensión 'elegante, bien vestido'.

Respecto al origen último de esta voz, es incierto. Los diccionarios de la lengua de procedencia, TLF y OED indican que

Désignait dans la région frontière entre l'Angleterre et l'Écosse les jeunes gens qui fréquentaient l'église ou la foire annuelle dans un vêtement excentrique, puis vers 1813-19 il fut adopté à Londres à propos des «élégants» dont le type fut G.-B. Brummell (1778-1844), cette dénomination parvint également à Paris avec la mode anglaise.

about 1813-1819 in vogue in Londres, for the 'esquisite' or 'swell' of the period. Perhaps the full form was JACK- A- DANDY, wich occurs from 1650, and in 18th century had a sense wich might pass into that of 'dandy'. It is worthy to notice also that Dandy=Andrew in Scotland.

Esta última nota podría ser especialmente interesante: si Dandy es uno de los diminutivos humorístico-despectivos de Andrew, el nombre más frecuente en

¹⁶ Rementeria Y Fica, 1837, *El hombre fino*, 77-78.

¹⁷ George Bryan Brummell (1778-1840). «Fue Brummell, il inmortal "dandy" del siglo XIX, quien inventó el traje masculino uniformado [...] Harto de la indumentaria corriente, decidió vestirse de manera distinta a la de los demás, iniciando así una nueva era en el traje masculino, [...] llevaba el pelo corto y sin polvos y el traje negro u oscuro, de corte impecable y pulcritud acendrada» (Eichler, 1936 *Nuevo libro de etiqueta*, 220).

¹⁸ Caballero, 1849, *La gaviota*, CORDE.

¹⁹ Caballero, 1852, *Clemencia*, CORDE.

Escocia, y al mismo tiempo podría haber adquirido el significado de 'joven ataviado con extravagancia', en español pasa algo parecido con la voz *curro*, al principio sólo diminutivo del nombre Francisco, muy frecuente en Andalucía, que pasa a significar también 'andaluz' y 'majo', 'lindo', etc. y acabó dando la voz *currutaco*, por cruce de *curro* y *retaco*, con el significado peyorativo.

La vacilación del plural *dandis/dandys/dandies* se resuelve a favor de las primeras dos formas.

El derivado *dandismo/dandysmo*, 'maneras y actitud de dandy', en francés desde 1830, pasó también al español.

Fashionable, s. m. y f.

Esta denominación no figura en ningún diccionario, a pesar de su uso relativamente frecuente. Baralt la censura en 1855 y propone como sinónimos «de moda; que priva; que está en boga» para el adjetivo, y «una joven petimetra ó á la moda» para el sustantivo (*Diccionario de galicismos*).

El uso adjetivo aparece en un texto de 1846: «Hemos advertido ya la mezquina rivalidad fashionable que reinaba en punto a trajes entre españoles y franceses»²⁰; Ya antes, Mesonero Romanos la utiliza como sustantivo: «sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un fashionable de Londres, y hablaba mal de nuestras cosas»²¹.

El español toma esta voz del francés, donde aparece por primera vez en 1793 como «personne élégante (de la ville)»; en 1804 como adjetivo «qui suit la mode élégante, qui affecte les manières du beau monde» (TLF). Procede del inglés *fashionable* (derivado de *fashion*) documentado desde 1606, «dressing or behaving in conformity with the standard of elegance in upper-class society» y como «fashionable person», desde 1800 (OED).

Flamante, s. m. y f.

El único ejemplo de *flamante* como sustantivo con la acepción que nos interesa es el mismo *Diccionario de los flamantes*, obra de Bastús y Carrera de 1829, pirateada en 1843 por el desconocido «El Modhafer». La denominación parece ser, por lo tanto, un mero capricho del autor: *flamante* como 'el que va siempre flamante, siempre a la última'. El francés y el inglés desconocen este uso, aunque en francés del siglo XIX *flambant* era, en su tercera acepción «qui est bien ou richement équipé» (TLF).

«El Modhafer» identifica el *flamante* con el romántico: «Un caballero flamante, romántico hasta el hígado, no se degrada ocupándose en cosas tan bajas» (*Diccionario de los flamantes*, s.v. 'instrucción completa').

²⁰ Navarro Villoslada, 1846, *Doña Blanca de Navarra, crónica del siglo XV*, CORDE.

²¹ Mesonero Romanos, Escenas de 1832, CORDE.

Gomoso, s. m.

Gomoso pasa a significar 'joven presumido', 'lechuguino' pero en las ediciones del *DRAE* del siglo XIX, la voz es definida solamente como adjetivo con el significado de «el que tiene goma, ó es parecido á ella» y «la persona que padece, ó tiene gomas».

La primera documentación es de 1878: «Cervántes llegó á ser un pollo verdaderamente fashionable, un gomoso con ménos goma que otros, no lo niego, pero digno de figurar á la cabeza de nuestra high life»²².

Es, sin duda, un préstamo francés, de *gommeux* 'jeune élégant au XIX siècle, désoeuvré et vaniteux'. En cambio, el femenino *gommeuse* se refiere a cantante de los cafés cantantes. En francés se registra desde 1842, derivado de *gomme*, pero el desarrollo semántico hacia el significado de 'elegante presumido', queda sin explicar. El TLF cita a Goncourt quien sostenía que *gommeux* era un nombre despectivo que las mujeres de los cabarés dieron a los que echaban goma ('caramelo') en su absenta, a los que no eran hombres de verdad.

Lion, s. m.

Es un anglicismo que pasó al español por vía del francés. En inglés existe desde el 1715 como 'persona que sigue la moda' o 'persona célebre' («person of note or celebrity who is much sought after») (OED); en francés se registra a partir de 1823 como 'hombre joven que sigue la moda, vive en lujo u ociosidad'.

La primera documentación es de 1859²³. Todos los ejemplos recogidos hasta ahora son de Galdós. Según su testimonio se empleaba también la variante femenina *leona*, refiriéndose a las mujeres como *nuestras leonas* «desconociendo lo que significaba en la sociedad parisiense la voz *lionne*, aplicada a las mujeres que deslumbraban a la sociedad con su elegancia original y a veces extravagante, así como con el desenfado de sus costumbres»²⁴.

Lechuguino, -a, s. m. y f.

El significado original 'plantel de lechuga' fue probablemente el único hasta finales del siglo XVIII, principios del XIX. La acepción que nos interesa no figura en ningún documento hasta 1829. Se trata del *Diccionario de los flamantes*, cuyo autor dice que *flamante* es un «nombre nuevo y altisonante que acaba darse á los ex-currutacos, petimetres y lechuguinos» (*Diccionario de los flamantes*, 29-30).

La Academia lo incorpora finalmente en 1843 como «muchacho imberbe, que se mete á galantear, aparentando un hombre hecho», marcado como familiar y de empleo figurado, quizá por analogía con las lechuguillas antes de ser trasplantadas.

²² Coello, 1818, *Cuentos inverosímiles*, CORDE.

²³ Castro, 1859, *La hija del mar*, CORDE.

²⁴ Pérez Galdós, 1900, *Bodas Reales*, CORDE.

Domínguez, en su *Diccionario Nacional*, se adelanta a la Academia en recoger otro uso figurado de lechuguino, -a: «persona que viste á la moda, que siempre anda atusada y peripuesta».

En la edición de 1852, la definición académica es completada: «Ahora se aplica al que en su traje sigue escrupulosamente la moda».

Aunque el autor del «Diccionario de los flamantes» dice que esta palabra es anticuada, 'lechuguino' sigue vigente a lo largo del siglo XIX e incluso en el XX.

La variante femenina *lechuguina* figura en el *DRAE* de 1884 («mujer joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda»). Sin embargo, no tuvo el mismo éxito que la forma masculina: en todos los documentos de *CORDE*, tan sólo hay dos casos²⁵.

Paquete, s. m.

Este vocablo es registrado por Domínguez, bajo la entrada *pisaverde*, como sinónimo de éste. En el diccionario académico encontramos la acepción 'hombre que sigue rigurosamente las modas y va muy compuesto'. Galdós lo utiliza como sinónimo de elegante de tipo británico: «Reapareció entonces el dandy, paquete, lion, fashionable, o como nombrársele quiera, D. Esteban Ordóñez de Castro»²⁶.

El significado de 'hombre ceñido y enfajado como un paquete', 'petimetre' se ha desarrollado en español por metáfora²⁷. La forma viene del francés antiguo *pacquet*, sin embargo, no se trata de un préstamo semántico, ya que en francés del siglo XIX *paquet* era 'persona mal vestida', acepción documentada desde 1803 (TLF).

Petimetre, -a, s. m. y f.

Tuvo mucho éxito y larga vida en el español de los siglos XVII y XIX. A finales del XVIII (*DRAE* 1791) se utilizaba con el significado de «jóven que cuida demasiadamente de su compostura, y de seguir las modas». La única modificación en las ediciones del XIX consiste en que en 1817 se suprime «jóven» y la definición sigue idéntica hasta hoy día. Con este mismo significado la recoge Domínguez.

Baralt, protesta contra el uso de tal galicismo:

La ACADEMIA ESPAÑOLA dice de él en la 1.^a edic. de su Dicc. (año 1737): "Es voz compuesta de palabras francesas, é introducida sin necesidad." Sin necesidad y

²⁵ Bretón de los Herreros, 1902, *Dios los cría y ellos se juntan*, 1841 y ya del siglo XX, Blasco Ibáñez, *Cañas y barro*.

²⁶ Pérez Galdós, 1900, *Bodas Reales*, *CORDE*.

²⁷ Compárese con la descripción de un *dandi*: «La esencia del Dandismo estuvo precisamente en ese efecto ajustado y Brummell presumía de que su ropa no mostrase ni una sola arruga y de que sus pantalones se ciñesen de forma impecable a las piernas como si se tratase de la propia piel» (Laver 1988: 160).

bárbaramente, digo yo; porque las dos palabras francesas que la forman no están admitidas en castellano: razon por la cual el compuesto *petimetre* es un vocablo completamente exótico, sin antecedente ni raíz en nuestra lengua (*Diccionario de galicismos*).

Sin embargo se equivoca al afirmar que «por fortuna ha caído en desuso». Con el paso del tiempo surgieron otros vocablos sinónimos totales o parciales de *petimetre*, -a, pero éste seguía empleándose. En algunos contextos llegó a ser incluso sinónimo de la palabra *majo*, -a, a la que antiguamente se oponía²⁸. El mismo antigalicista Baralt propone «una joven *petimetre*, ó á la moda», en lugar del vocablo anglo-francés *fashionable*.

Petimetre se documenta en el español desde el Diccionario de las Autoridades. Se trata de un galicismo procedente de *petit-maître*, literalmente ‘pequeño maestro’ que tenía ya en francés el significado de «jeune élégant aux allures et aux manières affectées et prétentieuses» (TLF).

El español ha formado el femenino *petimetre*, que no viene del francés *petite-maîtresse*, y que aparece por primera vez en el título de la obra de Fernández de Moratín «*La petimetre*».

El origen del vocablo es bastante curioso. En francés existe desde el siglo XVII: en 1605 significaba ‘diable, démon’, alrededor de 1614 la forma *petit maistre* aparece en un documento para referirse al rey y en 1651 les *petits maistres* son «les familiers du prince de Condé» (TLF), es decir, los varones de la corte que querían imitar a su señor.

Finalmente, en 1686 aparece «jeune élégant à la mise recherchée, à l’allure maniérée et prétentieuse» y en 1695 *petite maitresse* «femme qui se donne un air avantageux». Los lexicógrafos franceses relacionan el vocablo con la expresión *mon petit maitre*, variante irónica o jocosa de *mon maitre*.

El término tenía connotaciones negativas de insustancial, frívolo, inculto, presumido, afrancesado (sobre todo los *petimetres* del XVIII y principios del XIX) y afeminado. La palabra suele ir acompañada de adjetivos como semisabio, imbécil, almibarado, perfumado, libertino, etc.

No es así si se trata de mujer *petimetre*, que puede ser simplemente ‘bien vestida’, ‘coqueta’²⁹: «tenía una esposa joven, linda, amable y *petimetre*»³⁰, y no necesariamente ni en el caso de hombre; a veces equivale simplemente a ‘bien

²⁸ Era el prototipo de hombre varonil e hispano, los *majos* se consideraban a sí mismos como representantes genuinos del espíritu castellano frente a los *petimetres* afeminados y afrancesados. Jovellanos, Samaniego, dela Cruz «veían con la misma ironía a estos lamidos señoritos que a los *majos* con su arrojo y su bravura, ya que ambos compartían la misma afectación y ostentación.» (Martín 1981: 76-77; Laver 1988: 335, n. 44).

²⁹ No obstante, en el siglo XVIII *petimetre* era sinónimo de mujer extravagante y gastadora, cuyo objetivo principal era llegar a tener cortejo (Martín 1981: 88).

³⁰ Mesonero Romanos, 1842-1851, Escenas, 273.

vestido y adornado'. En la entrada *galán* del *DRAE* de 1817 vemos que es «el que viste bien y con aseo y compostura», en la de 1824 «petimetre, airoso»; *galana* «mujer petimetra, airosa, bien puesta y adornada».

Se utiliza también como adjetivo de matiz irónico; aquí *petimetre* indica que no se trata de un verdadero filósofo, clérigo, etc., sino como hoy diríamos *entre comillas*: «clérigo petimetre, ni corbata erudito á la violeta»³¹, «filósofos *petit maitres*» (*Diccionario razonado*, 163).

Pisaverde, s. m.

A principios del siglo XIX, *pisaverde* es una voz muy arraigada en el español, pero en esta época sufre un cierto cambio semántico.

El *DRAE* entre 1791 y 1817 define *pisaverde* como «el mozuelo presumido de galan, holgazan, y sin empleo, ni aplicacion, que todo el dia se anda paseando».

En la edición de 1822, la Academia da cuenta de una restricción de significado hacia 'afeminado': «la persona presumida y afeminada que no conoce mas ocupacion que la de acicalarse, perfumarse y andar vagando todo el dia en busca de galanteos». La definición sigue sin cambios hasta la última edición del *DRAE*.

En Domínguez, la voz está cargada de connotaciones negativas:

El hombre presumido, ligero, afeminado, almivarado, cuya esclusiva ó preferente ocupacion redúcese á pulirse, aliñarse, acicalarse, perfumarse, ponerse los mas bien que le sea posible y andar corriendo calles todo el día, vagando ó paseando son objeto fijo, en busca de galanteos, citas amorosas, niñas quines requebrar, acompañar, perseguir, etc. Cualquier apuesto mocito, cualquier estirado petimetre, cualquier elegantísimo paquete, etc. cuando son de costumbres estravagadas, corrompidas, viciosas, como infinitos entes nuestros días (*Diccionario Nacional*).

Por lo tanto, *pisaverde* es sinónimo de 'elegante', 'lechuguino', etc., pero conserva el matiz despectivo de 'persona sin ocupación ninguna', como vemos en el *Diccionario de los flamantes* (s.v. agricultura, 19): «El trabajo es para los burros. Los que nacimos para señores y pisaverdes, preferimos estafar ó vivir de gorra». En cuanto a la etimología, Corominas sostiene que es por similitud con la forma de caminar de puntillas, como una persona que atraviesa los cuadros de un jardín.

La primera documentación es de Diego Hermosilla³², del año 1547, lo que supone un adelantamiento con respecto a la de Corominas (1605, Ponce de León).

No hay muchos ejemplos de esta voz en los documentos de *CORDE* hasta 1790, pero se puede decir que la acepción de 'joven presumido que sigue la moda' ha estado presente de modo latente: «vanos lindos y pisaverdes, estrago y ruina de la inesperta juventud³³», «aquestos pisaverdes, aquestos tiquimiquis de

³¹ Alvarado, 1811, *Cartas críticas del Filósofo Rancio*, I, *CORDE*.

³² Hermosilla, 1547, *Diálogo de los pajes*, *CORDE*.

³³ Céspedes y Meneses, 1626, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, *CORDE*.

encrespados copetes»³⁴, «aquellos pisaverdes más estimaban sus pelucas, que sus cabezas»³⁵.

Tónico, adj. y s. m.

Solamente tenemos dos ejemplo de *tónico* con este significado: «Los jóvenes lechuguinos, elegantes o tónicos como entonces eran apellidados»³⁶.

No obstante, debió de haber relación entre los conceptos de 'extravagante' y 'tónico', quizá este último con el significado de 'original', 'fresco', 'flamante': «discurriendo lo más extravagante y tónico para el caso»³⁷.

3. Conclusiones

A lo largo del siglo XIX, surgen nuevas denominaciones para el 'hombre afectado en el uso de las modas'. Coexisten, pueden llegar a ser sinónimas en algunos contextos, pero al mismo tiempo guardan sus matices particulares. La abundancia de estas denominaciones indica, por una parte, la necesidad que hubo de dar etiqueta a la realidad, y, por otra parte, el rápido desgaste semántico que sufre este tipo de palabras.

En cuanto a la cronología, *pisaverde* es la más antigua y *tónico* la última en aparecer. Pero todas estas palabras se solapan y ninguna cae en desuso por completo. La entrada de una nueva denominación no supone la desaparición de las anteriores³⁸: hemos obtenido numerosos ejemplos de empleo sinonímico de estos términos: *pisaverde-elegante*; *pisaverde-lechuguino*; *lechuguino-elegante-tónico*; *petimetre-currutaco*; *dandy-lechuguino*; *gomoso-pisaverde*.

En el plano de la forma, hemos observado la vacilación gráfica, índice de un cambio lingüístico en marcha, en el caso de las palabras de origen inglés: *dandy/dandi*, *dandys/dandis/dandies* y *fashionable/fasionable*. La novedad de algunas denominaciones se manifiesta también en el aspecto tipográfico, en cursiva aparecen *dandy*, *fashionable*, *cocodés*. En cuanto al perfil morfológico, vemos que el uso adjetivo alterna en algunos casos con el uso como término absoluto: *currutaco*, *lechuguino*, *fashionable*, *petimetre*, *tónico*.

³⁴ Cervantes, 1615, *Comedia famosa de la entretenida*, CORDE.

³⁵ Feijoo, 1745, *Cartas eruditas y curiosas*, CORDE.

³⁶ Mesonero Romanos, 1880-1881, *Memorias de un setentón*, 262.

³⁷ Pérez Galdós, *El audaz. Historia de un radical de antaño*, CORDE.

³⁸ ¡Oh vosotros que sois el brillo, la gloria, la admiración y el encanto de vuestra patria [...]; ¡oh vosotros llamados antiguamente currutacos, después petimetres, en seguida pisaverdes, luego lechuguinos y finalmente condecorados con el pomposo y significativo nombre de FLAMANTES!: recibid esta obra como un homenaje debido a vuestra originalidad. (*Diccionario de los flamantes*, III).

En el plano del contenido podemos determinar fenómenos de cambio lexico-semántico. Por una parte, la neología formal, es decir, creación interna –currutaco–, y préstamo, que tiene más protagonismo a partir de la segunda mitad del siglo. Las voces entran en español por conducto del francés: *dandi*, *fashionable*, *lion*. Por otra parte, la neología de sentido es también frecuente. Las palabras lechuguino, paquete, pisaverde y tónico desarrollan nuevos significados, otras veces se toma una nueva acepción de lengua extranjera, es el caso de *gomoso*.

Para las primeras documentaciones registradas o adelantadas adjuntamos el siguiente cuadro:

	Documentación de Corominas	Documentación actualizada
Curro	1836	1803
Currutaco	1830	1796
Dandi	1855	1837
Fashionable	sin registrar	1846
Gomoso	sin registrar	1878
Lechuguino	1843	1833
Lion	sin registrar	1859
Pisaverde	1605	1547

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias: diccionarios y recursos electrónicos

COROMINAS, Joan, 1952 [1976], *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos (DCELC).

Diccionario de la lengua castellana de la Real Academia Española, ediciones 1791, 1803, 1822, 1832, 1837, 1852, 1884, (DRAE).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Corpus diacrónico del español*, [en línea], www.rae.es (CORDE).

SECO Manuel, Andrés OLIMPIA y Gabino RAMOS, 1999, *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar. (DEA).

The Oxford english dictionary. Oxford: University Press, 1978 [1933] (OED).

Trésor de la langue française. Dictionnaire de langue du XIXe et du XXe siècle (1789-1960). París: Centre National de la Recherche Scientifique, 1973 (TLF).

Fuentes secundarias

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, 1984, «Algunos diccionarios burlescos de la primera mitad del siglo XIX (1811-1855)». *Romanticismo 2. Acti del III Congresso sul Romanticismo Spagnolo e Ispanoamericano. Il linguaggio romantico*. Génova, 155-167.

- 2004, «El léxico español desde el siglo XVIII hasta hoy». R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel.
- BARALT, Rafael María, 1855, *Diccionario de los galicimos*. Madrid: Imprenta Nacional.
- BASTÚS Y CARRERA, Vicente Joaquín, 1829, *Diccionario de los flamantes. Obra útil a todos los que la compren*. Barcelona: Imprenta J. Cherta y C^o. (Diccionario de los flamantes).
- DOMÍNGUEZ, Ramón Joaquín, 1846[1847], *Diccionario nacional*. Madrid: Establecimiento léxico-tipográfico de R. J. Domínguez.
- EICHLER, Lilian, 1936, *Nuevo libro de etiqueta*. Barcelona: Ediciones Hyma.
- GREIMAS, A.-J., 1948, *La mode en 1830. Essai de description du vocabulaire vestimentaire d'après les journaux de mode de l'époque*, Thèse de doctoratès Lettres. París.
- LAPESA, Rafael, 1996, «Palabras y cosas. El vocabulario de la vida social y la indumentaria durante el Romanticismo». *El español moderno y contemporáneo*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- LAVER, James, 1988 [1969], *Breve historia del traje y la moda*. Madrid: Cátedra.
- LÓPEZ, Plácido, 1799, *Currutaseos. Sátira inocente*. Madrid.
- MARTÍN GAITE, Carmen, 1981[1972], *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona: Editorial Lumen.
- MATORÉ, Goerges, 1953, *La méthode en lexicologie: domaine français*. París: Didier.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de, 1993[1842-1851], *Escenas y tipos matritenses*. Madrid: Cátedra.
- 1975 [1880-1881], *Memorias de un setentón*. Madrid: Giner.
- MONDEJAR, José, 1998, «Lengua, moda y sociedad», *Revista de dialectología y tradiciones populares* LIII, 1, 39-53.
- MONTOYA RAMÍREZ, María Isabel (ed.), 2002, *Moda y sociedad. La indumentaria. Estética y poder*. Granada: Universidad de Granada.
- y Emilio GARCÍA WIEDEMAN (eds.), 1998, *Moda y sociedad: estudios sobre educación, lenguaje e historia del vestido*. Granada: Universidad de Granada.
- PUIGGARÍ I LLOBET, Josep, 1886, *Monografía histórica e iconografía del traje*. Barcelona: Librería de Joan y Antoni Bastinos.
- REMENTERIA Y FICA, Mariano, 1837, *El hombre fino. Manual completo*. Madrid: Imprenta del colegio de sordo-mudos.
- VALERA, Juan, 1994 [1874], *Pepita Jiménez*. Madrid: Cátedra.